

da con Leopoldo Alas. Esperando la reparación, toda España y las regiones de América que son nuestras por la lengua y la literatura, le tienen por personalidad de inmenso relieve y valía en el grupo final del siglo que se fué y de éste que ahora empezamos; grupo de hombres de estudio, de hombres de paciencia y de hombres de inspiración, por el cual tiende nuestra raza á sacudir su pesimismo, diciendo: "No son los tiempos tan malos ni el terruño tan estéril como afirman los de fuera y más aún los de dentro de casa. Quizás no demos todo el fruto conveniente; pero flores ya hay; y viéndolas y admirándolas, aunque el fruto no responda á nuestras esperanzas, obligados nos sentimos todos á conservar y cuidar el árbol."

Madrid, Enero de 1901.

FERRERAS ⁽¹⁾

Nuestra aflicción no nos permite hoy tributar al maestro, al amigo incomparable, los honores que su nombre y su memoria merecen. Nos limitamos, en este día triste, á transmitir nuestro inmenso duelo á toda la prensa española, á los partidos liberales, á las innumerables personas de diversas jerarquías que profesaban á Ferreras entrañable amistad, que le querían y respetaban; á los que le pedían su opinión, siempre ajustada á la realidad; á los que continuamente solicitaban su mediación ó influencia para favores relacionados con la vida oficial; á los que por distintos modos iban hacia él en busca del claro sentido de las cosas públicas ó de la inagotable bondad, prodigada siempre sin tasa en pro de los que necesitaban de ella.

Nadie gozó de mayor influjo que Ferreras en determinados períodos políticos; nadie le ha igualado en la abnegación para rehuir el beneficio propio de ésta que podremos llamar privanza, derrochándola siempre en

(1) En memoria del insigne periodista, fundador de *El Correo*.

provecho de los demás. Ha sido el mayor altruísta de los tiempos presentes, y ejemplo, único tal vez, de una modestia con visos de austeridad huraña. Si la única felicidad positiva de este mundo consiste en hacer la felicidad de los demás, Ferreras ha gozado en vida de una dicha inefable.

El desfile de los que han recibido por su mano las mercedes que la política distribuye entre los españoles, sería un interminable cortejo de agradecidos, desde los más altos á los más humildes. ¡Gloria obscura de un hombre honrado y modesto!

Jamás quiso para sí pompas ni honores de relumbrón. No tenía cruces, ni títulos, ni cintajos, ni cosa alguna de vanas apariencias. Su orgullo era la posesión del sentido justo de las cosas políticas; su cruz, la pesada obligación de dar diariamente al país un juicio personal, siempre sereno, expresión de un espíritu sincero, que en los asuntos públicos busca la verdad y desoye los peligrosos consejos de la ira.

La llaneza de su trato á todos cautivaba. Nobles y plebeyos; políticos altos, medios y bajos; periodistas, literatos, artistas, cuanto hay en Madrid de notable ó en camino de serlo, buscaban y obtenían fácilmente la amistad del maestro Ferreras, conservándola como un indispensable signo de representación social.

La adhesión inquebrantable de Ferreras á Sagasta, no interrumpida ni turbada en ningún tiempo, desde la fundación del par-

tido constitucional hasta los últimos días de aquel estadista inolvidable, es realmente una gran virtud política, ejemplo admirable de constancia y consecuencia, aquí donde la indisciplina y la disgregación han entorpecido la obra de los jefes de partido, obligados á poner mayor atención en el gobierno de las personas que en el gobierno del país.

Esta virtud de Ferreras representa, forzoso es decirlo, una consoladora excepción en los tiempos que corren. Observándola y admirándola, hemos dicho más de una vez: «Con muchos hombres así, tenaces en sus afectos, tercos y obstinados en sus ideales políticos, España habría podido contar con el firme bloque de voluntad que necesita para su progreso moral y material.» Desgraciadamente era él solo el irreductible; solo él mantenía su impávida consecuencia junto al jefe, acatándole siempre con incondicional adhesión.

Sagasta le distinguía con extraordinario afecto. Dijérase que en su amigo veía las cualidades que quizás á él le faltaban, ó que no quería cultivar, sintiéndose, con la palabra y las opiniones de Ferreras, completo y acabado en su total personalidad de hombre de gobierno. Si el cansancio le llevaba á la indolencia, Ferreras le infundía su actividad pasmosa, y si alguna idea ó conocimiento peculiar de personas y cosas faltaba en el prodigioso entendimiento del jefe, por la diversidad de asuntos en que había de poner su atención, Ferreras le aportaba cuanto era

menester para completar el juicio. Y no era sólo el amplificador, sino también el simplificador de la voluntad de Sagasta, sugiriéndole más de una vez la idea de aminorar la acción cuando así era necesario, ó de reforzarla en ocasiones de verdadera gravedad y desconcierto.

Como periodista, Ferreras no fué nunca tribuno de las multitudes; era el atenuador de las pasiones, el pregonero de la verdad y de la razón. Con igual interés le leían los de corazón frío y los de temperamento arrebatado. A sus dictámenes daba fuerza la misma moderación con que los escribía, y la sencillez persuasiva de su estilo, no exento de donaire en ocasiones, siempre conciso, veraz, y despojado de flores retóricas.

Por la exactitud de sus informaciones, por la claridad de su criterio y la recta intención de sus juicios, todos los periodistas de Madrid le llamaban *el maestro Ferreras*. Maestro fué en verdad: no lo olviden los que en la generación presente consagran su existencia á la información y comentario de las cosas políticas; aprendan de aquel modelo la verdad, la mesura, la claridad del juicio, la consecuencia. Por estas virtudes fué y es don José Ferreras una de las glorias más puras de la prensa española.

Madrid, Mayo de 1904.

DON RAMÓN DE LA CRUZ

Y SU ÉPOCA

PARTE PRIMERA

Breve reseña del movimiento literario en el siglo XVIII.
—El Teatro.—Don Ramón de la Cruz; algunas noticias de su vida.—La sociedad del siglo XVIII.

I

Es el siglo décimooctavo en nuestra historia una de las épocas de más difícil estudio. La confusión, la heterogeneidad, el carácter indeterminado con que se manifiestan sus principales hechos, la pequeñez relativa de sus hombres, son causas de que no se muestre accesible á la investigación, ni se preste á una síntesis clara. Siglo de transición en política, en artes, en literatura, en costumbres, ya se nos presenta como un período de marasmo y debilidad, que sólo inspira lástima ó menosprecio, ya como época de elaboración latente, de oculta fuerza impulsiva, digna de admiración y agradeci-